

M. C. Escher

La mañana en que Marita comenzó a trabajar en el barco, al cruzar el Estrecho de Mesina, la naturaleza nos brindó el espectáculo cíclico de la fatamorgana. Asomados a la cubierta, padre e hija contemplamos las pirotecnias visuales que se formaban sobre el mar, y entonces le conté la leyenda de Caribdis y Escila. Yo la había oído por primera vez en boca de un corredor de bolsa griego, para quien el crucero suponía un receso en su rutinario ajeteo de cifras ascendentes y descendentes. El éxito de sus pretensiones era cuando menos dudoso, pues la calma lograda gracias a los masajes en el balneario, la echaba por la borda (nunca mejor dicho) por culpa de innumerables manos a la veintiuna. Ahora me resulta especialmente difícil concentrarme con ese tipo de juegos, pero entonces hasta yo disfrutaba de vez en cuando asomado a la ruleta, junto a este tenor napolitano y aquella locutora deportiva que entrecruzaban los dedos por debajo de la mesa, mientras sus respectivas parejas se apostaban en la barra ante copas de Martini o de coñac. Su tristeza contrastaba con la vitalidad que debía exhibir yo cuando salía a recibir a los nuevos viajeros que embarcaban por ejemplo en Barcelona, donde un sol magenta hacía que las Torres Olímpicas se contorsionaran sobre el horizonte. A diferencia de este piso plagado de candados, el barco estaba abierto de par en par. Así, entre la carga y la descarga de camiones, se sumaban pasajeros, como aquel productor de cine que disfrutaba tanto de nuestra oferta

gastronómica y, por consiguiente, sentía cierta vergüenza de enseñar en nuestra piscina la tripa alimentada desde que se divorciara de su mujer, una yudoca siciliana, enamorada de la Valeta, que se apuntaba algunas temporadas al crucero, donde hacía exhibiciones para los niños, y jamás llegó a coincidir con su ex, el comisario de exposiciones. La deportista hizo buenas migas con Marita, quien la acompañaba al gimnasio en sus ratos libres; eso cuando no saltaba a la pata coja sobre las teselaciones de la cocina o se quedaba alucinada, junto al quiosco de prensa, con los trampantojos que componía el artista tunecino (¿cómo se llamaba?) que olía a vainilla. Imagino que alguna vez se escaparon, Marita y él, por los alrededores de la Mezquita Azul o entre el bullicio de Olimpia. Pero, al contrario de lo que suele pensarse, el crucero no es lugar para el amor verdadero, y menos todavía en un sobrecargo como yo. Aunque he de reconocer que también tuve aventuras íntimas por el Arsenal de Filón con aquella muchacha holandesa, que era veinte años más joven, sonrisas y besos al rayar el alba junto al Mar de Mármara. Al volver a mi puesto, Marita solía dirigirme miradas de reprobación o me decía que el capitán había estado preguntando por mí. Acto seguido, ella regresaba a las *suites*, para cambiar las sábanas, reponer las botellas de Moët & Chandon y el agua mineral de los jarrones en donde descansaban las rosas; flores con las que se sellaban fugaces idilios entre comerciantes de la seda y princesas primogénitas, que subían en Esmirna sin conocerse y, unos días más tarde, bajaban de la mano en Estambul. Pero nada es para siempre. Eso me digo cuando vuelve el insomnio. Entonces me acuerdo del cielo y del mar, aquello que sí parecía eterno, esa belleza que nacía en el instante en que el puerto se volvía liliputiense y en la mediterránea bruma los días y las noches se fusionaban en un infinito puzzle de lo convexo y lo cóncavo. No todo es turbio. A veces me asaltan detalles más precisos que el trájín de personas o las matemáticas inexactas de los bancos de peces, nimiedades como el bordado de las toallas, la temperatura de la calefacción o la atronadora voz de aquella

gobernanta. De todas maneras, por mucho que mi hija haya puesto sus penúltimas esperanzas en mi ejercicio de escribir, no termino de fiarme de esta cabeza caprichosa. Es más lo que he olvidado: el nombre de las islas que abrigaban Malta, el número de mi camarote, el horario de espectáculos, la línea de autobús que paraba en el Templo de Zeus... No sé cuánto tiempo seguirán conmigo las gaviotas y los delfines, la preciosidad chilena que dejaba perpleja a toda la tripulación con aquel truco de confeccionar nudos (¿o era ella la de los trampantojos?)... Marita lo sabrá. Menos mal que la tengo a ella, y la libreta de abordó a la que, cuando mi hija no me la esconde —siempre está haciéndolo—, le pego fotografías de aquel yudoca griego o de aquella muchacha belga, veinte años menor que yo, o le pongo etiquetas para ayudarme a no olvidar estos hechos difusos, esta vida holográfica, este mal (de la memoria y de los viejos) que ya ha partido. Tengo una calavera en el ojo y mi próximo destino no lo sé.